

# Homilía por la Cultura\*

ALFONSO REYES

## I

HONRA a esta asociación el propósito de fomentar en su seno los estímulos de la cultura. Esta conciliación entre la Económica y las Humanidades contenta ciertamente nuestros viejos anhelos platónicos, acariciados desde la infancia, y hasta nos convida a soñar en un mundo mejor, donde llegue a resolverse la antinomia occidental entre la vida práctica y la vida del espíritu. Todo empeño por partir artificialmente la unidad fundamental del ser humano tiene consecuencias funestas: arruina a las sociedades y entristece a los individuos. Por encima de todas las especialidades y profesiones limitadas a que nos obliga la complejidad de la época, hay que salvar aquella que Guyau y Rodó han llamado la “profesión general de hombre”. Aparte de que el hombre de varios recursos está mejor armado para los vaivenes de la suerte; porque el que sólo tiene un recurso, es como el ratón de un solo agujero que decía, hace cuatro siglos, la *Celestina*: “No hay cosa más perdida, hija, que el mur que no sabe sino un horado; si aquél le tapan, no habrá dónde se esconda del gato”. Stendhal, llamado a escalar las tempestuosas montañas de la novela romántica, en cierto momento de su vida cuelga la espada de subteniente y se hace especiero en Marsella. Y el más alto poeta vivo de mi país, Enrique González Martínez—que por cierto fué Ministro en la Argentina hace pocos lustros—para sobrellevar el naufragio cuando lo azotó la fortuna y tenía, como dice

\* En la Asociación Bancaria de Buenos Aires, octubre de 1937

## HOMILIA POR LA CULTURA

la gente, "el santo de espaldas", abrió tranquilamente un expendio de jabón y otras mercancías humildes, pero limpias, al que puso como nombre y enseña el título de su más famoso soneto: *La Muerte del Cisne*.

Querer encontrar el equilibrio moral en el solo ejercicio de una actividad técnica, más o menos estrecha, sin dejar abierta la ventana a la circulación de las corrientes espirituales, conduce a los pueblos y a los hombres a una manera de desnutrición y de escorbuto. Este mal afecta al espíritu, a la felicidad, al bienestar y a la misma economía. Después de todo, economía quiere decir recto aprovechamiento y armoniosa repartición entre los recursos de subsistencia. Y el desvincular la especialidad de la universalidad equivale a cortar la raíz, la línea de alimentación. Cuando los especialistas, magnetizados sobre su cabeza de alfiler, pierden de vista el conjunto de los fines humanos, producen aberraciones políticas. Cuando los hombres lo pierden de vista, labran su desgracia y la de los suyos. El otro día, en el film "Tiempos Modernos", Chaplin nos daba la caricatura, más trágica que risueña, de la psicosis a que conduce la continuada ocupación de apretar tuercas en las máquinas. Cuidemos, sí, cuidemos de apretar la tuerca que representa nuestro oficio práctico, pero no olvidemos la otra tuerca, la que nos prende al universo. Si el universo—decía Pascal—nos contiene por el espacio, nosotros contenemos al universo por el espíritu. Como "hay tiempo para llorar y tiempo para reír", debe haber tiempo para la acción y tiempo para la contemplación. Un baño frecuente en los universales devuelve su elasticidad a nuestra acción limitada y le presta nuevo vigor. Dicen que basta ver una vez al día, de pasada y aun sin

darle importancia, la imagen del Gran San Cristóbal, para evitar accidentes y desgracias. Los chauffeurs suelen llevar consigo una imagen del milagroso santo. Nuestro Gran San Cristóbal debe ser este sentido de lo universal que se llama la cultura: un vistazo diario al reino de la cultura, desde nuestra humilde ventanita, nos libertará de accidentes y desgracias.

Platón, en uno de aquellos diálogos que varias veces han dado la vuelta al mundo, destaca, bajo la apariencia de un símbolo poético, una profunda verdad ideal. Asegura que los humanos no fueron siempre lo que hoy son: que eran unos seres mixtos—hoy decimos mixtos o dobles, pero habría que decir completos—en que la pareja hombre y mujer estaba fundida en una sola unidad biológica que se bastaba a sí misma. Otro símbolo nos ha dicho que Eva estaba intrínseca en el cuerpo de Adán: brotó de su costilla, como el retoño brota en el tronco. Y la historia natural nos enseña que esta partición o bifurcación es uno de los modos elementales de reproducirse los seres. Así, en la célula viva—examinada al microscopio—acontecen revoluciones muy semejantes a los cismas políticos: el núcleo engorda y se rompe, y cada pedazo se va a su rincón, convertido, a su turno, en pequeño sol de un diminuto sistema planetario de puntitos y bastoncitos; hasta que la célula original se divide en varias células nuevas. De igual modo el ser andrógino de Platón se partió un día en sus dos elementos, el masculino y el femenino. Y aquí comienza el gritar y el rechinar de dientes, porque cada fragmento se acuerda (esto de “acordarse” tiene una gran importancia en la filosofía platónica), se acuerda—digo—

## HOMILIA POR LA CULTURA

de la unidad armoniosa que antes era, y se echa por la vida a buscar, afanosamente, "su media naranja".

Pues imaginemos ahora que la cabeza del hombre, continente filosófico para una imagen del universo, también haya sido partida en dos cotiledones, catástrofe botánica de que aún parecen quedar vestigios en los dos hemisferios cerebrales, tan semejantes a los granos de ciertas plantas, dobles y simétricos con respecto a un eje central. Imaginemos que un pedazo de la cabeza se llevó toda la teoría y el otro toda la práctica, aquél toda la contemplación, éste toda la acción. ¡Ay! ¿Qué harían el uno sin el otro? ¿Cómo no habían de anhelar por juntarse y ayudarse entre sí, al igual de los seres bifurcados de que hablaba Platón? Aspiran a coordinarse las partes, aspira a recomponerse el rompecabezas (que aquí propiamente podemos llamarle así) para que una y otra porción sumen sus flaquezas y deficiencias y arreglen un compendio de energía cabal. Así la especialidad sin la universalidad es una mutilación; así el bancario sin la cultura, como cualquier otro oficial de otro oficio cualquiera. Por eso, en aquel soneto de Quevedo, el ciego—que anda y no ve—presta sus piernas y pide sus pupilas al cojo—que ve y no anda—para entre los dos sacar un dechado armonioso, una figura de viabilidad suficiente.

Y ya que nos hemos lanzado por este firmamento de los símbolos, recordaremos la fábula egipcia de Isis y Osiris: Osiris, despedazado entre todas las estrellas del cielo nocturno, aparece recompuesto en el cielo diurno, y eso es el sol. Y el secreto es que Isis, la luna, junta cada noche, estrella a estrella, los millones de fragmentos y trizas de su esposo. El mito de Isis nos inspire: pensemos que la

realidad cotidiana, en sus mil embates, se empeña siempre en destrozarnos. Y reconstruyamos, con una voluntad permanente, nuestra unidad necesaria. Esta, y no otra, amigos míos, es la tarea de la cultura.

La cultura es una función unificadora. La concebimos bajo la especie geométrica del círculo, la figura total y armoniosa. La función unificadora tiene un cuerpo y un alma. En el orden individual o moral, todos lo entienden. En el social o político, el cuerpo es la geografía (necesidad) y el alma es la concordia (libertad). La voluntad de concordia, de coherencia, de intercambio, procura, en todos los pueblos y a través de todas las tierras, nivelar y anular las desigualdades geográficas, para que la circulación humana sea más plena y regular en la tierra. Se trata de hacer de la tierra natural—accidente de la geografía—una tierra humana, fruto de nuestra iniciativa hacia el bienestar y el mutuo entendimiento.

La cultura es una función unificadora. Los fenómenos se *estudian* y se *describen* por partes, pero *existen* en manera de continuidad. Lo aislado no se da ni en el espíritu ni en la naturaleza. El aislar un objeto de acción o de conocimiento no es más que una operación transitoria y provisional. Y he dicho bien una operación, porque tiene algo de treta operatoria, de ligadura de una vena para evitar una sangría, mientras se procede a una intervención. La inteligencia, en su proceso físico sobre nuestra habitación terrestre, unifica nivelando y comunicando entre sí las partes de la tierra. La inteligencia, en su proceso político sobre el ser de nuestras sociedades, unifica creando el entendimiento internacional. Cuando la inteligencia trabaja como agente unificador sobre su propia

## HOMILIA POR LA CULTURA

sustancia, produce la cultura. Los conocimientos, las ciencias y las artes, se cambian constantes avisos entre sí, viven de la intercomunicación.

Caso heroico el de la matemática, y por eso va a servirnos de ejemplo. La matemática, que los bancarios tienen obligación de practicar y conocer como a personas de la familia, parece, por su abstracción misma, una disciplina sin atmósfera social, un conocimiento neumático. Y, sin embargo, está afianzada, como la yedra, al muro de la vida. Desde luego, su abstracción misma la hace abrazar todos los fenómenos, considerados bajo cierto aspecto, el aspecto cuantitativo. Esto nos explica ya su continuidad con todas las demás especies del conocimiento. Y, por paradójico que a primera vista parezca, también los fenómenos de orden cualitativo se dejan interpretar, sondear y captar por la matemática: esta red envuelve todos los peces. Vamos a explicarlo con un caso concreto.

Al principio hemos recordado a Pascal. Pascal solía decir que por un lado marchaba el espíritu de fineza (orden cualitativo) y por otro el espíritu de geometría (orden cuantitativo). La verdad es que hay entre ambos unos vasos comunicantes. Escojamos una de las cosas más aparentes: nada hay más aparente que la luz; la luz, madre de los colores. Pues he aquí que los colores lo mismo se prestan al conocimiento psicológico o cualitativo, que al conocimiento físico o cuantitativo. Un día se produjo una controversia ilustre en la historia de las ciencias. Ella está representada por dos sabios: uno Newton y otro Goethe, el autor del *Fausto*, que era también un hombre de ciencia. Newton emprendía la interpretación cuantitativa de los colores; Goethe se aferraba en la cualita-

tiva. Cada uno tenía la mitad de la razón. Newton abría el ciclo de investigaciones que, poco a poco, habían de llevar a la ciencia a la explicación de los colores como efectos de velocidades distintas en la onda luminosa; y esta teoría ha sido fecunda para la física. Goethe insistía en la autonomía cualitativa de cada color, en la sensación del color, y su análisis de esta sensación no había sido superado hasta entonces. El hecho visual del verde y el rojo no puede sustituirse por dos números que representen dos velocidades de ondas diferentes; y, sin embargo, a través de este lenguaje, la matemática opera y realiza resultados con una cosa que parece serle tan ajena como lo es la sensación que tenemos de los colores. De suerte que una cifra algebraica puede, para ciertos efectos, hacer las veces de un lienzo del Veronés, vibrante en su doble llama de azul acero y naranjado.

Hay más: ni siquiera está desasida la matemática de la realidad social de cada época. No me refiero sólo al progreso de las nociones o de los instrumentos. El estado social en el aspecto más cualitativo y emotivo, en el sentido de estado político, afecta profundamente la historia de la matemática. El desarrollo y el ejercicio de este conocimiento no son impermeables, por ejemplo, a la noción de clase social. La matemática del antiguo Egipto, con ser tan asombrosa, nos resulta hoy envuelta entre artificiales misterios de castas, que no tienen ya a nuestros ojos más valor que el de un estado transitorio en las sociedades. El sacerdote, el iniciado, era el único que tenía derecho a la fórmula para medir el nivel de las crecientes del Nilo (y

## HOMILIA POR LA CULTURA

de las bajantes, para ser actual) ;\* y esta circunstancia, a la vez que trascendía a la vida general de aquel pueblo, se reflejaba en la vida de la matemática.

No necesitamos retroceder en los siglos para encontrar yerbas adventicias de antropomorfismo en el campo de la matemática. Los ejemplares sociales de todas las épocas conviven en las distintas capas humanas de cada época. Hay quien vive todavía en la Edad Media, y hay todavía gente primitiva. Ciertos pueblos africanos de hoy en día sólo tienen nombre numeral para las decenas, y completan las unidades sobrantes con gestos de la cara y señas de la mano. En la oscuridad, no pueden comunicarse un cómputo. Para decir: "He visto cuatro cabras cruzar el arroyo", tienen que decir: "He visto cruzar el arroyo ¿cuántas cabras?", y aquí la mímica, el gesto o el ademán que corresponden al cuatro en un como lenguaje de sordomudos.

Para quien vive en el nivel contemporáneo de la cultura, hoy la matemática es lo que es y parece ya del todo higienizada, pasteurizada contra toda influencia antropomórfica. No estamos, sin embargo, muy seguros de que nuestra matemática parezca igualmente pura a la humanidad del año tres mil. Entre los mismos sabios de nuestra época se nota una pugna de criterios, pugna que precisamente se resuelve en una fundamentación más humana de las ciencias exactas. De un lado, aquella tradición que arranca de Descartes (cuyo *Discurso del Método* está recordando la gente universitaria de nuestros días, al cum-

\* Por los días en que se leyeron estas páginas, un fuerte viento occidental produjo una bajante en el río de La Plata, perjudicando por algunas horas los servicios de agua en Buenos Aires.



plirse el tercer centenario de su aparición) y que remata con los logísticos contemporáneos, tiende a considerar la matemática como una disciplina formal, como una síntesis lógica, lo que hace decir a un matemático de la otra escuela que también hay arquitectos que, por usar del cemento para juntar sus materiales, quieren construir todo su palacio con cemento. De otro lado, hay otros que consideran que en la matemática hay un acto de invención humana, el cual puede representarse simbólicamente en el instante de elección de las fórmulas, de que han de resultar las teorías y las conclusiones, y que es este punto de vista el que ha permitido los grandes adelantos del siglo pasado y del presente. Como veis, la matemática vive del cambio con el estado general de la mente, con la cultura. Aun la invención y la imaginación tienen que ver con ella. Y cuando la célebre manzana cae sobre la cabeza de un hombre, se desata, dentro de esa cabeza, un proceso de asociaciones que lo llevan hasta la formulación de algunas leyes físicas fundamentales, proceso que anda mezclado con muchas cosas que no son puramente abstractas y que hasta participa de los caracteres del proceso poético.

Y ya que hemos llegado a la física ¿quién ignora la historia de los arrepentimientos de Galileo, arrepentimientos de dientes para fuera a que le obligó la policía de su época? ¿Quién negaría entonces la trabazón social que envuelve a la historia de esta ciencia exacta? No hay sólo una trabazón social, hay también una trabazón emocional y sensible. Considérese solamente el esfuerzo que hace el hombre medio de nuestros días (esfuerzo comparable al del contemporáneo de la gran revolución copernicana, que de pronta se sintió expulsado del centro del universo) pa-

## HOMILIA POR LA CULTURA

ra aceptar íntimamente las nociones de una geometría no euclidiana, un mundo de cuatro dimensiones, un continuo de espacio-tiempo, un rayo de luz que—por la naturaleza misma de las cosas—recorre una trayectoria en redondo y, tras de millones de milenios, regresa a su punto de partida y, por decirlo así, se muerde la cola. No sólo las ciencias se armonizan entre sí como las distintas partes de un organismo, sino que este organismo, el organismo de la cultura, está empapado y vivificado por la misma sangre de emoción que penetra todas las cosas humanas.

## II

Una de las mujeres más extraordinarias que han nacido en América, la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz—a quien en su tiempo, el siglo xvii, llamaron la Décima Musa y que, a más de poetisa, era una mente filosófica y lo que hoy diríamos un carácter, había descubierto algo que constituye a la vez el secreto de la cultura y el secreto del estudio. En sus afanes por entenderlo todo, en su incontrastable sed de conocimiento que rayaba en la heroicidad, luchando con los obstáculos que nuestras sociedades han opuesto de todo tiempo a las mujeres que quieren embarcarse en el mismo barco de los hombres, y que hacían de la colonia un medio singularmente impropicio para su formación intelectual; desvelándose a solas, como decía la pobre, sin más maestro que un libro ni más condiscípulo que un tintero insensible con quien departir sobre las verdades que iba adquiriendo; se había dado cuenta de esta intercomunicación que existe entre los distintos órdenes del saber; había comprobado por sí mis-

ma que unas disciplinas ayudan a las otras, y que aquello que no alcanzaba directamente en la teología, a lo mejor venía a entenderlo a través de la matemática; y lo de aquí con ayuda de la música, y lo de más allá con la historia. Esta colonización interior entre unas y otras provincias; este riego que, por pendiente natural, parece escurrir de unos a otros lechos vegetales, fertilizándolos inesperadamente, es un fenómeno espontáneo, pero se produce con más facilidad y frecuencia cuando lo ayudamos con un poco de iniciativa. La atención orientada como que abre las compuertas, los vasos comunicantes.

A este propósito, voy a contaros una modesta experiencia personal. Inclinado por vocación y estudios a las cosas de la literatura; algo tocado de poesía o, como se dice en mi tierra, "picado de la araña"; pero obligado, por otra parte, al estudio de las cosas sociales, en virtud de los encargos que desempeño—siempre al revés de lo que muchos pretenden—he procurado persuadirme (y aquí de la orientación voluntaria a que antes me refiero) de que este mi trabajo que llamaríamos oficial no desvía mis personales aficiones, antes las nutre y enriquece. En el Brasil, me encontré en el caso de documentarme sobre la historia económica de aquel país inmenso y asombroso. Y he aquí que, a medida que se completaba en mi mente la figura de ciertos hechos sobre el desenvolvimiento y etapas de la riqueza brasileña, paralelamente se iba precipitando en mi interior la concepción de una obra teatral de cuya trazo os doy las primicias. Sé que esta exposición desequilibra un poco las proporciones de mi charla, pero me parece oportuna ante un auditorio de trabajadores de la economía nacional. Tal vez no escribiré nunca el dra-

## HOMILIA POR LA CULTURA

ma soñado. Narrando las grandes líneas del proyecto, habré cumplido hasta cierto punto con mi conciencia.

Se trata de un drama de materialismo histórico. El héroe individual queda sustituido por la multitud: la estadística, el saldo general, importan más que los actos de un protagonista determinado. A esta concepción literaria, que en nuestro tiempo Jules Romains ha bautizado con el nombre de "unanimismo", se acercaban ya Cervantes en la *Numancia* y Lope de Vega en la *Fuenteovejuna*, donde el verdadero héroe viene a ser la voz popular.

El Brasil, enorme territorio político, va siendo paulatinamente captado por el aprovechamiento económico de los colonizadores portugueses, holandeses, franceses, que luchan entre sí para quedarse con la tierra recién descubierta. De uno a otro punto del litoral se tienden poco a poco líneas de colonización; y del litoral hacia el interior avanzan las banderas de los exploradores. La frontera económica está en marcha, para llegar a coincidir con la frontera política. La bandera adelanta como una tribu de la Biblia, llevando consigo sus familias, sus sacerdotes, sus jueces y jefes militares. Algunos se quedan en el camino y van formando los "sertões" o poblaciones interiores: el río de sangre hace charcas aquí y allá, y se va coagulando en la tierra donde ha caído. Los "bandeirantes" tienen algo de los "condottieri" italianos y son una transformación sudamericana del aventurero europeo que produjo el Renacimiento. Este, el movimiento general. Y ahora las sucesivas etapas.

La economía del Brasil se desenvuelve en una serie de monoculturas extensivas. Ellas dominan un tiempo los mercados, y luego se hunden bajo la competencia de las

culturas intensivas, mejor pertrechadas, que van apareciendo en otras partes del mundo. Cada uno de estos monopolios naturales en torno a lo que se llama un "leading article" o artículo principal, coincide con el aprovechamiento de nuevas áreas, con un avance de la frontera económica, y determina un auge y hasta un tipo nuevo de civilización. Y cada auge, al final del acto, acaba en una crisis producida por la competencia exterior; en una desbandada de los pueblos hacia una nueva región donde acaba de aparecer otra riqueza; la cual, a su turno y por algún tiempo, regirá en señora absoluta los mercados.

La primera etapa es la civilización del azúcar. Colón trajo la caña a las Indias Occidentales en 1493. En 1532, la caña fué importada de Madera al Brasil. Cultivóse en San Vicente y luego en Pernambuco y Bahía, la Virginia sudamericana, y no la Roma negra como exagera Paul Morand. Hasta fines del siglo xvii, domina en los mercados el azúcar brasileña, que luego cede el paso a las Indias Occidentales y a Europa. En aquel siglo alcanza importancia mundial y es el producto por excelencia del tráfico ultramarino. La colonización holandesa, bajo el conde de Nassau, en el nordeste del Brasil, vive del azúcar. La expulsión de los holandeses, en 1655, redunda en la decadencia del producto, que poco a poco desciende a la categoría de industria doméstica. Pero no es ésta la única causa del menoscabo. Hay otra causa interior: desde mediados del xvii, las minas de oro y de diamantes han comenzado a atraer el capital y el trabajo hacia otras zonas del país. Los "fazendeiros" y los esclavos emigran hacia Minas Geraes o Río de Janeiro, gran centro de lavaderos de oro. La civilización del azúcar, para cuya

## HOMILIA POR LA CULTURA

pintura Oliveira Lima nos prestaría su pluma incomparable, conoce todavía algunos altibajos ocasionales: el sistema continental de Napoleón afectará el mercado azucarero; la rebelión de esclavos en Haití destruye los ingenios; los Estados Unidos se abren como nueva e importante plaza, lo que determina un relativo renacimiento de Pernambuco a principios del xix. Pero a mediados del siglo recibirá otro golpe, con la revolución técnica y la lucha entre la caña y la remolacha. El ferrocarril tiende a convertir los plantíos dispersos en magnas empresas. En vano se procura adoptar el sistema cubano de las Centrales. La abolición de la esclavitud (1888) deja la industria sin manos. La guerra mundial trae otro pasajero auge. Sao Paulo ha comenzado también a producir azúcar y en Río Grande do Sul también se cultiva la caña. Matto Grosso se empeña en lo mismo, aprovechando sus bocas naturales que están en Paraguay y Bolivia. El Brasil produce lo bastante para su propio consumo, y el café—que los brasileños endulzan mucho—vehicula la venta del azúcar. Se la aplica ya a la creciente industria de la fruta en conserva. Y así, entre ondas históricas, se desarrolla el acto de la civilización del azúcar.

En el siglo xviii domina el oro, que cede el paso después ante el auge de California, Sudáfrica y Australia. Buscando ansiosamente desde los orígenes de la colonización—cuando los reyes portugueses mandan escudriñar, como decía el poeta Claudio Manoel, “os thesouros que occulta e guarda a terra”—; descubierto provisionalmente en San Vicente y luego en Catagua (1560) y en otras regiones de Minas Geraes; procurado con afán en el xvii por los exploradores paulistas que se internaban hasta Mi-

nas cazando indios, sólo a fines de aquel siglo puede decirse que se convierte en riqueza, al afortunado hallazgo de la bandera de Rodrigues Arzao (1693). Aparecen las minas de Sao Joao d'El-Rei y de Goyaz. De todo el mundo acuden los aventureros, al grado que por el valle de San Francisco (Bahía) nace una actividad ganadera subsidiaria, para alimentar a los buscadores de oro. En cambio, se abandona la agricultura. A la fábula del Potosí sucede la fábula de la Villa Rica. En Goyaz, se repueblan establecimientos ya medio descuidados, algunos de los cuales da origen a un centro ganadero todavía floreciente. Nacen las ciudades de Donna Marianna, Villa Rica, Ouro Preto, Sao Joao d'El-Rei. Por todos sitios apunta el oro, que hoy sólo queda en Minas (Passagem, Morro Velho). La onda crece hasta 1760. Al comenzar el siguiente siglo, un amigo de Goethe a quien éste solía encargar diamantes brasileños, el barón von Eschwege, organiza científicamente la extracción. En 1824 aparece la primera irrupción del capital extranjero: The Imperial Brazilian Mining Association. "Gran parte del oro brasileño—escribía Adam Smith—viene anualmente a Inglaterra." La Gran Bretaña, que tenía muy viejas alianzas con Portugal (acaso las más antiguas de Europa, puesto que datan de las Cruzadas); que ya en el siglo xvii podía considerar el comercio portugués como un comercio británico bajo el pabellón de Braganza; que con el tratado de Methuen (1703) se había asegurado la plaza portuguesa; que al sobrevenir las guerras napoleónicas había sugerido y costado el traslado de la corte de Lisboa al Brasil, queda en calidad de intermediaria, no sólo entre el Brasil y el resto del mundo, sino también entre el Bra-

## HOMILIA POR LA CULTURA

sil y la antigua metrópoli. Logra que sus créditos contra Portugal sean transferidos al Brasil, deudor todavía virgen; y así, bajo su tutela, lo lanza algo prematuramente a la experiencia de las deudas internacionales. El primer Banco del Brasil suspende un día sus pagos en metálico (1821), porque el almacén de oro del mundo se ha quedado sin oro. Y empieza la larga historia del papel de Estado irredimible, con vaivenes hacia el metalismo y recaídas inevitables; con episodios como la crisis del "xem-xem" o moneda falsa de cobre; hasta que, en 1918, sobreviene la prohibición de exportar el oro, que debe entregarse al tesoro nacional. Una escena aparte, que abriera un compás de espera en nuestro drama, podría mostrarnos aquí las vicisitudes de los bancos centrales, en los países enormes sembrados de plazas pequeñas y sin comunicación entre sí. Legendario pasado, presente pobre, futuro indescifrable: tal es la civilización del oro en el Brasil. Ella deja ostentosas huellas artísticas, y el recuerdo de las favoritas paseadas en andas por las calles, entre las aclamaciones de la muchedumbre. Al fondo, las joyas labradas, la rica arquitectura eclesiástica del "Aleijadinho", la más importante del Brasil.

A fines del xviii, el algodón brasileño domina en la plaza londinense, pronto arruinado por el invento de los almarráes, y deja el sitio a los Estados Unidos. Bahía, Pernambuco y Maranhao inician con la colonia este tipo o civilización del algodón; surten primero a sus distritos, y acaban por producir para todo el mundo. Hay fábricas de tejidos en Minas desde mediados del xviii. El siguiente siglo conoce el auge de Ceará, aunque ya se deja sentir la competencia norteamericana. Por 1822 hay, en



Europa, una caída de precios. La guerra de secesión de los Estados Unidos da otra vez juego libre al algodón brasileño. Pero, rehecha aquella gran república, pronto prima sobre la producción del Brasil, esta producción casera, paternal e idílica de ingenios de esclavos. Y otra vez la abolición de la esclavitud (1888) reduce de pronto la industria a límites domésticos. La dislocación fué aquí más grave que en el caso del azúcar. El caucho, que aparece en el norte, imanta hacia allá las energías. La guerra mundial trae, como de costumbre, una bonanza pasajera. La tarifa proteccionista de 1914 tiende a desarrollar la industria más de prisa que la producción. Las fábricas, acasadas, distribuyen semillas entre los plantadores. Los mercados vuelven del exterior al interior: industriales de San Paulo, Minas y Río consumen el producto; ahora el norte provee al sur. En los últimos tiempos, Sao Paulo y Río Grande do Sul se han hecho productores en tal medida, que despiertan el interés del Japón, cuyas misiones comerciales proyectan posibles transferencias al Brasil de sus compras en los Estados Unidos. Y con esta ceremoniosa aparición de los asiáticos se cierra el acto de la civilización algodonera.

El siglo XIX, como era de esperar, ofrece un cuadro más complejo y variado; los movimientos se aceleran y también las sustituciones de las monoculturas, que se pisan unas a otras. Entonces la supremacía de un producto accesorio—el cacao, pronto derrotado por el Ecuador y luego por Venezuela y Colombia—casi se ahoga entre el apogeo fantástico del caucho, del que habrá de dar cuenta el Asia. Y se desarrolla el artículo por excelencia, el café, que, entre el rejuego de calidades y precios, sufre

## HOMILIA POR LA CULTURA

los tremendos embates del género fino de Colombia, de Venezuela y Centroamérica. La naranja ayuda subsidiariamente a los cafeteros, obligados a suspender las labores del principal artículo. Veamos primero el caso del caucho y luego el del café.

Sólo el oro nació en el corazón del Brasil. Azúcar, algodón y caucho vinieron del norte. El caucho se da por la cuenca del Amazonas. Imagínese lo que sería la representación de la selva amazónica en un escenario bien montado. Los "seringueiros", casi sin medios de comunicación, entran por los bosques, temerosos como feraces, dando tajos con sus cuchillas para recoger en los troncos el precioso sudor, que a esto se reduce toda su técnica. Conocido el caucho brasileño desde el siglo xvi—los indios lo usaban para muchos fines—sólo entra en la vida ostensible en el xix, desde la industrialización de MacIntoch (1823). La edad dorada corresponde a los años 1905-1910, época en que todo se abandona en el norte por seguir la suerte del caucho: café, algodón, cacao, arroz, tabaco, nueces del Pará. El sur se ve obligado a proveer a las crecientes poblaciones del norte. Pero el caucho plantado va minando al caucho silvestre. Británicos y holandeses irrumpen con su artículo perfeccionado y sus precios más atractivos. Wickham se había llevado al Oriente la semilla amazónica por 1876. De 1910 en adelante, Ceilán y Malaya han conquistado las plazas. A los dos años, el caucho brasileño ha perdido su lugar de honor. En vano la guerra mundial lo alivia un poco. El auge del caucho es un cuadro semejante al del oro: fantástica atracción seguida de brucas desilusiones; una marcha más de la frontera (la adquisición del territorio del Acre, por el tra-

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

tado de Petrópolis, 1903) y un nuevo progreso de la colonización interior: después de varios días de navegación por entre la selva primitiva, se alza, inesperada como en un cuento árabe, la ciudad de Manaos. La misma política internacional ha entrado en juego, y hay conflictos con el Perú y Bolivia, problemas con relación a las concesiones norteamericanas de Ford, a las concesiones japonesas y a los intereses de los navieros británicos. Y la caída es aquí todavía más trágica que en los otros casos. En 1921 se llega a la máxima depresión. Y en vez de avanzar, la misma frontera económica parece que retrocede entonces: por las márgenes del sagrado río, se ven pueblos abandonados; un perro, vuelto silvestre, aúlla largamente entre las ruinas.

En cuanto al café, eje de la economía nacional en nuestros tiempos, ha sido llevado por el Amazonas y Pará allá en 1723. Pronto se traslada a Río de Janeiro el principal cultivo, y a comienzos del siglo pasado, a Sao Paulo, que vendrá a ser el centro. Hasta 1830, las Indias Occidentales habían dominado el artículo, a través de Londres. De entonces hasta los años del sesenta, pasa el turno a Java, a través de Amsterdam y Rotterdam. En el setenta, al Brasil. Hasta 1887, las plazas son Nueva York, el Havre, Hamburgo, y el café de Santos lleva la palma. En la actualidad, las plazas son Santos, Río de Janeiro, Nueva York. Como la planta sólo se cosecha a los cinco años y la tierra roja es costosa—esa tierra roja de los cafetales que pinta deliciosamente Portinari—la inversión de capital es mayor; y esto nos da un tipo de economía y de vida muy diferentes que en los otros artículos. Junto al pequeño “fazendeiro”, el grande nos aparece ya como un comerciante urbano. Entre las alternativas de esta agitada histo-

## HOMILIA POR LA CULTURA

ria, veremos batallas contra otras potencias cafeteras (Sielcken y Arbuckle Bros., por ejemplo), y cautelas contra la sobreproducción como las de Java en la primera mitad del siglo XIX. El imperio, en sus postrimerías, intenta la regulación por el monopolio. En 1902 se restringen las plantaciones en Sao Paulo. Las tentaciones del privilegio llevan al exceso de especulación. A veces la valoración del café revela una pugna entre los vastos planes nacionales de S. Paulo y los modestos planes locales del gobierno federal. El café adquiere carácter de moneda. Las mismas defensas y protecciones inauguradas en 1906 hacen del café una empresa financiera en magna escala. El peso de esta economía gravita sobre la política que, de 1889 en adelante, aparece regida por el café en mucha parte, bajo la hegemonía creciente de S. Paulo. Lo que no se pudo para el azúcar, se logra para el café: transformar en institución permanente el sistema de defensas. En 1924 funciona ya un Instituto del Café con banco especial. Las facilidades que alcanza S. Paulo despiertan la rivalidad de otras regiones. La catástrofe se cierne ya, y los cafeteros de S. Paulo hablan todavía en tono satisfecho y ufano, en vísperas del año terrible de 1929. La crisis hace posible la revolución de octubre de 1930, e inaugura la segunda república. Esta, llamada a repartir entre todos los Estados de la nación la antigua hegemonía paulista, procura también, para en adelante, salvar al país de las convulsiones de la monocultura, orientándolo hacia la policultura, más estable de suyo.

Y toda esta epopeya del esfuerzo humano se desenvuelve sobre escenarios deslumbradores: el descubrimiento; la colonización y conquista; las luchas por la posesión

exclusiva entre varios pueblos europeos; la aventura de los hugonotes de Villegagnon; la fastuosa colonia; el traslado del rey D. Joao VI, el hombre de las iniciativas, que llega un día con su corte, su peluquero Monsieur Catilino y su costurera Madama Josefina; el franqueo de puertos que Inglaterra comienza por asegurarse en pacto secreto y que luego se abren al mundo; el regreso de la corte a Portugal, que barre consigo todas las reservas del Estado, puesto que en suma el monarca veía como patrimonio privado el tesoro público; los esfuerzos para restaurar la economía con impuestos, impuestos hasta sobre la confesión de los fieles; la célebre cabalgata de D. Pedro I para anunciar la independencia a su pueblo; el imperio dorado y dulce; D. Pedro II, filósofo en el trono; las guerras del sur; la república. Pasan las figuras de Tiradentes, de Caxias, de Ruy Barbosa. Y los actores del drama: el explorador y guerrero que se va cambiando en "sertanejo"; éste, que deriva hacia el "fazendeiro"; y el nieto o biznieto que es ya paulista, financiero urbano, empresario moderno. Y por los abiertos brazos del litoral, la inmigración que irrumpe sin freno, y a la que sólo la última Constitución impone gradaciones y filtros.

Este rapidísimo desfile no tenía más fin que el recordaros el pleno contenido humano—total, integralmente humano—que se esconde bajo la armadura de una ciencia al parecer abstracta. No tenía otro objeto que el demostraros cómo un simple aficionado a las letras puede hallar también su alimento en los cuadros estadísticos, las listas de precios y los conocimientos de embarque. Ni siquiera faltaría en el drama la nota de humorismo patético. También la encontré un día entre los papeles que andaba

## HOMILIA POR LA CULTURA

revolviendo. Sabréis, en efecto, que el espíritu bancario y de asociación, inspirado en el sansimonismo, hizo presa en el Brasil por obra, sobre todo, de aquel formidable vizconde de Mauá, cuya penetración financiera lo mismo se hacía sentir en su país que en Europa y en el río de La Plata. Los años medios del siglo XIX fueron la época de los bancos privados. Pues bien: al estudiar la crisis que, en 1857, vino a arruinar a tantas firmas particulares, sirviéndoles de prueba de resistencia, y dió al traste, singularmente, con el célebre banco de J. A. Souto e Cia., averigüé con sorpresa que la quiebra de esta institución sacudió a tal punto hasta los rincones más escondidos del Brasil, que todavía a principios de este siglo, entre los "sertões" y pueblos apartados, era posible comprar loros (los loros, como sabéis, viven muchos años) que repetían mecánicamente el siniestro grito: "O Souto quebrou! O Souto quebrou!"

Así, pues, una sola rama del saber puede conducirnos al más ancho contacto humano, a poco que nos mantengamos en el propósito de abrir los vasos comunicantes.

Y finalmente, cuando ya se hayan agotado todas las operaciones del análisis racional, entra la loca de la casa, la imaginación, electricidad esencial del espíritu que todo lo enciende y vivifica. ¿Cómo evitar que la imaginación nos transporte hasta nuevos mundos, partiendo de un dato científico y hasta de una cifra? ¿Ni por qué evitarlo, sobre todo? Al joven Humboldt, empleado en una casa de comercio (bancario, podemos decir) las columnas de números se le figuraban ejércitos de piratas; y así la imaginación lo iba empujando, desordenadamente, hacia aquella vocación de descubridor y viajero que

ha de convertirlo en el fundador de la moderna geografía americana.

Yo mismo ando revoloteando hace rato, a vuestros ojos, en alas de la imaginación. Conviene frenar. Sólo he querido, en esta charla sin pretensiones, excitaros a las desinteresadas delicias del espíritu, que nos consuelan de la diaria labor y nos vigorizan para mejor cumplirla. Ya veis cómo, desde la más modesta tarea de la contabilidad, podemos lanzarnos hasta el cielo puro de las ideas.